

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS / «EN EL PARAÍSO HE RECORTADO UNA ÍNSULA»

Los números monográficos de *Ínsula* tienden a ser una unidad ideal en el mundo de la cultura, con un perímetro claramente delimitado. Es muy posible que, en esta ocasión, el protagonismo de la felicidad devuelva al nombre de la revista su significado primero. Restaurada su sonoridad etimológica, *Ínsula* constituye un lugar insuperable para reflexionar sobre nuestro cumplimiento afortunado en el mundo. Odiseas Elytis escribió «en el paraíso he recortado una isla». Según otro poeta, Antonio Colinas, «hay que pensar en la isla como un jardín en el mar». Puesto que estamos autorizados a usar el bello latín, digamos que en el paraíso hemos recortado una ínsula.

Y lo hemos hecho porque el número acota el tema en torno a Epicuro, cuya escuela se llamó «el Jardín». Nuccio Ordine, que fue invitado a colaborar con un artículo, intuyó la singularidad de esta exploración. Aunque finalmente declinó participar por razones de trabajo, en su respuesta a la editora de *Ínsula*, Arantxa Gómez Sancho, anotó una meditación digna de los filósofos griegos: «El tema de la felicidad es hermoso». Que nada, ni siquiera el súbito fallecimiento de Ordine en los días en que la revista se dirige a la imprenta, nuble esa afirmación luminosa. Junto a ella dejamos constancia de que pidió que el número de *Ínsula* se le enviara cuando estuviera listo: «lo leeré con gran interés», añadió generosamente. Pocas veces se habrá proyectado de un modo más poético la categoría teórica del lector ideal. Quienes nos fiamos de los clásicos sabemos, por Virgilio, que los bienaventurados se dedican en los Campos Elíseos a lo que más les gustó en esta vida.

Leamos, pues, el ensayo de David Konstan como una suerte de conferencia inaugural impartida desde New York University. Experto en la visión que el mundo clásico tenía de las emociones, revisa un cuento transmitido por Heródoto insertándolo en la propuesta aristotélica de la excelencia y confrontándolo con el pensamiento epicúreo. Siguen abiertas algunas interrogantes que se plantearon entonces: si la felicidad puede medirse y cuáles son los entrenamientos para alcanzarla. Toma el relevo Marta Martín Díaz, de la Universidad de Salamanca, que expone el paso del epicureísmo a Roma en el poema de Lucrecio *Sobre la naturaleza de las cosas*. Este se demuestra crucial para nuestra idea de la felicidad, porque traslada al latín los conceptos de esa escuela helenística y porque los orienta a la literatura española en la obra de dos de sus traductores, José Marchena en el siglo XVIII y Agustín García Calvo en el XXI, tan revolucionarios como Lucrecio, si no más.

Marcial marca otro hito en la historia de los poetas epicúreos. Nuestro paisano del siglo II pertenece por derecho a las letras romanas tanto como a las hispanas. Su más célebre poema da un paso adelante, al detallar la receta no solo para ser feliz, sino para ser *más feliz*. Dos de nuestros especialistas lo tratan monográficamente. Pedro Conde Parrado, de la Universidad de Valladolid, comenta ese epigrama de Marcial con la amenidad del que lo conoce a fondo, tras haberlo traducido con singular fortuna y siendo, como es, propagador entusiasta de las ideas desgranadas por el clásico. En un recuadro de once endecasílabos vamos conociendo las diecisiete condiciones que, según Marcial, harían nuestra vida más feliz. Esta fórmula universal, verdaderamente memorable, queda fijada para la eternidad. Y así la sigue tratando Jesús Ponce Cárdenas, de la Universidad Complutense de

Madrid, quien enumera el deslumbrante éxito del epigrama de Marcial en las letras europeas y concretamente en las hispánicas. En estas elige dos sonetos separados por cuatrocientos años: el de López de Zárate (del siglo XVII) y el de Vicente Cristóbal (del siglo XXI). Ambos textos, por su capacidad de síntesis, pueden ser fórmulas, tan útiles como bellas, para quienes buscan la plenitud en esta vida, entre otras cosas porque se quedan en la memoria, es decir, en el corazón, para cuando haga falta. Ese y no otro es el mensaje clásico.

Y, efectivamente, si es posible enseñar a ser feliz, como creían los antiguos, ese conocimiento se comunica esencialmente con palabras. Por eso la historia de la lengua es uno de los modos mejores para aproximarse a la historia de la felicidad. De ello se han ocupado dos estudiosos de nuestro idioma, ambos de la Universidad de Burgos. Antonio Portela Lopa lee para nosotros los diccionarios de Nebrija (latino-español y español-latino), que ya en su momento se proponían como una lectura grata y que nos permiten tomar el pulso a nuestro tema en el principio de la Modernidad. Descubrimos que Antonio de Nebrija, auténtico hombre del Renacimiento, también estaba interesado por la felicidad aunque él la expresó sin nombrarla, recurriendo a una rica gama de sinónimos. Rafael Pontes Velasco continúa ese itinerario desde el *Tesoro* de Covarrubias hasta la inteligencia artificial. Al añadir la creatividad a la felicidad (con la propuesta incluso de un neologismo), deja atestiguadas las relaciones recíprocas y fructíferas entre ambas cualidades. Así parecen saberlo los polémicos generadores de textos, a pesar de su corta edad. A propósito de ellos, no es menor el apunte de que las instituciones políticas y académicas fijan el bienestar del ciudadano como meta para quienes programen la inteligencia artificial.

En esos términos —conjugando lo público con lo privado— pasamos a América, con testimonios preclaros en dos de sus países más representativos. De lo público se ha encargado Ariel Sribman Mittelman, de la Universidad de Estocolmo. Su examen de los textos políticos del XIX pone de manifiesto cómo la felicidad fue llamada por su nombre en las primeras constituciones modernas. En la de los Estados Unidos, en la española de Cádiz y en la de Argentina encuentra testimonios que nos devuelven a una época optimista, cuando la «felicidad del Estado» era complementaria de la del individuo y, a pesar de todo, había una sincronía de época entre las dos orillas del Atlántico. Por su parte, Luis Arturo Guichard, de la Universidad de Salamanca, nos traslada a México (y nos trae de vuelta a España) para dibujar un retrato del gran Alfonso Reyes a la luz de su «irreductible felicidad». Invoca para ello dos nociones griegas: el *daimon* personal (ese genio protector que en Reyes aparece sonriente) y un epicureísmo puesto al día por el humanista mexicano, que encarna como nadie al individuo bienaventurado. Así lo vemos en su escritura, por supuesto, pero también en algunas fotografías que salvan sus momentos mejores.

Y concluimos en el siglo XXI, con dos géneros literarios más afines de lo que pudiera pensarse. Guillermo Aprile (de la Universidad de La Rioja) y Ximena Venturini (de la de Salamanca) analizan la novela *Parménides* del escritor argentino César Aira. Descifran algunos rasgos de la creación literaria, sobre todo la recepción libre de los clásicos y la ironía que caracterizan a este novelista: son los que contribuyen a

una refrescante visión de la felicidad que tiene mucho que ver con el propio acto de escribir, pero también con su contrario, en una paradoja de estirpe helénica. No muy lejos de ese modelo se encuentra un particular tratado que estudia Borja Cano Vidal, de la Universidad de Salamanca. La *Metafísica de la pereza* de Juan Evaristo Valls Boix es interpretada en su artículo como una huida de la infelicidad, un camino que se remonta a las propuestas de los filósofos griegos con los que empezamos este recorrido, singularmente Epicuro. A la denuncia de algunos males de nuestra época le sigue la apología de algunos remedios que empezamos a conocer: erotismo, lentitud, improductividad... De nuevo, cerrando el círculo, se integra en la ética lo que en el mundo antiguo se llamó ocio.

El puñado de estudios que contiene este número de *Ínsula* reitera, con esa insistencia serena propia de lo clásico, algunas ideas constantes desde Grecia. La principal es que el lenguaje puede contribuir a la felicidad, no solo expresándola, sino enseñando algunas vías para llegar a ella.

Incluimos una breve antología poética, porque también el lenguaje puede cantar los momentos en que nos sentimos de acuerdo con el cosmos. Los poemas, representativos de estéticas muy distintas, ofrecen visiones dispares de la felicidad, a pesar de que esta probablemente sea única para todos nosotros. No siempre, como es lógico, ofrecen un instante de euforia: también traen evocaciones, presentimientos, consejos o profecías procedentes de libros distintos, sean consagrados, recientes o inéditos. En ese ángulo soleado de *Ínsula* encontraremos a los poetas José Luis Cano, Jaime Siles, Luis Antonio de Villena, Luis Alberto de Cuenca, Carlos Marzal, Vicente Cristóbal López, José Mateos, Eloy Sánchez Rosillo, Carmen Jodra, Christian Law Palacín, Amalia Iglesias Serna, Aurora Luque, Isla Correyero y Gioconda Belli.

Dedico este número de *Ínsula* a Vicente Cristóbal López, poeta y filólogo, modelo de humanista contemporáneo.

J. A. G. I.—UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS / «EN EL PARAÍSO HE RECORDADO UNA ÍNSULA»

DAVID KONSTAN / LA FELICIDAD EN LAS HUELLAS DE HERÓDOTO

Una conversación —sin duda ficticia— entre el legislador ateniense Solón y el rey lidio Creso, a la que Heródoto ha dado fama imperecedera, ofrece la primera reflexión sobre la naturaleza de la felicidad que nos ha llegado de la antigua Grecia. El diálogo, como veremos, anticipa algunas líneas de nuestra época. De acuerdo con el relato de Heródoto (1.29-33), después de otorgar su código de leyes a Atenas, Solón emprendió un viaje de diez años y, entre otros lugares, llegó a la corte de Creso.



Este monarca, tras alojar a Solón en su palacio durante unos días, ordenó a los sirvientes que mostraran al invitado las riquezas que tenía acumuladas en la cámara del tesoro. Fue entonces cuando pasó a preguntarle a Solón si, en sus viajes, había conocido a alguien que fuera el más feliz de todos (usa el superlativo *olbiótatos*). Solón, en su respuesta, nombró a un ateniense llamado Telo, quien vio florecer a sus hijos y nietos para finalmente alcanzar una muerte gloriosa, combatiendo por su país. Creso, decepcionado de que Solón no lo clasificara en primer lugar a él, inquirió quién era el segundo más feliz a juicio de Solón. La respuesta de este fue que, en realidad, se trataba de dos jóvenes de Argos, llamados Cleobis y Bitón. En efecto, un día, la madre de estos dos muchachos, sacerdotisa de Hera, se encontraba oficiando una ceremonia en honor de la diosa y debía ser transportada en un carro tirado por dos bueyes. Los hermanos, al saber que los bueyes se habían quedado en el campo, se engancharon a la carreta y tiraron de ella hasta dejar a su madre en el templo. Madre e hijos recibieron la admiración de la multitud. Entonces fue cuando los jóve-

nes experimentaron el mejor final posible para una vida. Así, comenta Solón, la divinidad demostró que para un ser humano es mejor estar muerto que vivo. De hecho, la madre, en su plegaria, había pedido que los dioses concedieran a sus hijos el mejor de los dones que pueda darse a una persona. Cuando los jóvenes se acostaron a dormir dentro del santuario, ya nunca más se levantaron. Los argivos los honraron con estatuas en Delfos. Creso, indignado ya en este punto, pregunta si su propia felicidad (nombrada con el término *eudaimonía*) no cuenta nada en comparación con la de meros ciudadanos privados. Esta vez Solón aduce lo muy reticente que es la divinidad y los muchos cambios que pueden ocurrir a lo largo de la vida. Es interesante que el sabio ateniense, en el relato de Heródoto, se pone incluso a calcular el número de días con precisión pedante. Por eso Solón se ve incapaz de juzgar la felicidad de Creso hasta que no haya terminado bien la vida de ese, como la de cualquier mortal. La conclusión (del sabio y de los lectores) es que en todas las cosas hay que mirar hasta el final (*τελευτή*). En cambio, Creso considera que Solón es un ignorante, ya que descarta los bienes presentes para valorar únicamente el bien final.

El diálogo plantea varias preguntas sobre la naturaleza de la felicidad. Primero, al declarar que la muerte es mucho mejor que la vida, Solón parece negar que cualquier vida pueda considerarse feliz. En segundo lugar, según su modelo, dentro de los límites de la buena fortuna humana, solo se puede juzgar la calidad de una vida en el

Frans Francken el Joven, *Creso mostrando sus tesoros a Solón*

